



## Agradecimientos

Son dos los agradecimientos que debo hacer antes que ningún otro. No sé dónde estaría ahora si no fuera por Dick Goff. Para Dick, este libro es un flaco homenaje por todos sus años de amabilidad, que comenzaron en la Eastern Michigan University. Nunca podré recompensarlo. El Instituto Latinoamericano de Nuevo México, una institución fabulosa, corrió el riesgo y me dio la oportunidad inicial y el financiamiento para cursar el posgrado. Un agradecimiento especial a Theo Crevenna, Nita Daly, Eric García, Linda Hall, Robert Himmerich y Valencia, Sharon Kellum, Linda Kjeldgaard, Manya Paul, Enrique Semo y Joanie Swanson, quienes hicieron que el tiempo que pasé ahí fuera realmente placentero.

Es poco lo que se logra sin financiamiento y doy las gracias a los siguientes programas por apoyar mi investigación: el Programa de Estudios Agrarios de la Universidad de Yale, el Yale Council on International and Area Studies, una beca internacional de investigación del Social Science Research Council con fondos proporcionados por la Fundación Andrew W. Mellon, una beca de tesis doctoral Fulbright-Hays, una beca Albert J. Beveridge de la American Historical Associa-

tion y un financiamiento de verano del National Endowment for the Humanities. Para escribir la tesis recibí fondos de una beca de Whiting Fellowship in the Humanities y una beca Mellon del Council on Latin American Studies de la Universidad de Yale; de ahí surgió este libro. El Fondo de la División de Investigación del Departamento de Historia de la Universidad de Cornell cubrió generosamente los costos de la reproducción de mapas e imágenes.

Doy asimismo las gracias al personal y a los archivistas de la Latin American Collection de la Biblioteca Nettie Lee Benson de la Universidad de Texas en Austin, del Archivo Histórico del Agua, del Archivo General de la Nación, del Archivo General Agrario, del Archivo Municipal de Orizaba, del Centro de Estudios de Historia de México y de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Mis largas temporadas en la Mapoteca Manuel Orozco y Berra en la ciudad de México y en el Archivo General del Estado de Veracruz, en Xalapa, fueron productivas y agradables gracias a la ayuda de Víctor Hernández Ortiz y Carlos Vidalí (en la Mapoteca) y de Olivia Domínguez Pérez y su maravilloso equipo (en el AGEV). Mi trabajo en los archivos municipales de Aculzingo y Mianztlá fue posible y disfrutable gracias a la ayuda de Julio Palacios Martínez y de Ignacio de León, respectivamente. Finalmente, tengo una gran deuda con Carmen Boone de Aguilar, quien me recibió en su casa, me permitió consultar los archivos de su tío abuelo Francisco Cánovas y Pasquel y me permitió reproducir varias de las fotografías incluidas en el libro.

Mucha gente ha dado forma a esta obra en diversas etapas y en modos variados con su amistad, camaradería y compromiso intelectual. Gracias a Luis Aboites, Jonathan Amith, Steve Bachelor, Amy Chazkel, Carmen Blázquez Domínguez, Cynthia Brock, D. Graham Burnett, Karen Caplan, Matthew Edney, Antonio Escobar Ohmstede, Chris Gill, Todd Hartch, Karl Jacoby, Ben Johnson, Bernardo Michael, John Noyes, Jolie Olcott, Érika Pani, Mauricio Tenorio-Trillo, Michael Werner y Eric Worby. Gracias en especial a Rolena Adorno, John Mack Faragher y Stuart Schwartz, quienes leyeron, todos ellos, borradores de este proyecto en diferentes momentos y me ofrecieron muchos comentarios y consejos. Mi agradecimiento a Emilia Viotti da Costa –aunque quizá no quiera estar implicada en forma alguna con lo que a continuación se

presenta-, a Jonathan Spence por su apoyo y una carta muy oportuna remitida a Honolulu, así como a Kay Mansfield del Programa de Estudios Agrarios de la Universidad de Yale por todo.

Tuve la suerte de tener la compañía de Michael Ducey y Heather Fowler-Salamini estando en Xalapa. Pacientemente contestaron mis innumerables interrogantes e hicieron sus propias preguntas abiertas que me llevaron a pensar mi proyecto de distintas maneras. Mike estaba entonces haciendo su propia investigación sobre repartos de tierras en Veracruz y generosamente compartió sus hallazgos y gran conocimiento. Buena parte de los capítulos “Paisajes fugitivos” y “Lotes regulares” llevan la huella de su generosidad. La gente de El Grande, Veracruz, demostró una especial gentileza al responder numerosas preguntas y permitirme asistir a las reuniones de los ejidatarios. El tiempo que he pasado en México a lo largo de los años ha sido un verdadero placer gracias a la hospitalidad de Carmen y Brendan Rowlands, Carmen Piña, Luis Moreno y Héctor Mendoza Vargas. Este proyecto nunca hubiera despegado por principio de cuentas de no haber sido por Héctor. De inmediato se interesó en él desde la primera vez que nos reunimos a tomar un café en Gandhi (naturalmente) y desde entonces ha sido un persistente interlocutor, salvándome de muchos errores y explicándome pacientemente (una y otra vez) las complejidades de la práctica y la teoría cartográfica. Cualquier error que aparezca se mantiene pese a su mejor esfuerzo, y mucho de lo que este libro tiene de bueno se debe en no poca proporción a su ayuda.

Muchas de las ideas de este libro han sido desmenuzadas, discutidas y desarrolladas en conversaciones a lo largo de muchos años con Rob Campbell, James Kessenides, Rick López, Héctor Mendoza Vargas, Mark Overmyer-Velázquez y Daviken Studnicki-Gizbert. Todos estaban escribiendo sus propios libros y no obstante se dieron el tiempo para leer varios capítulos, ofrecer comentarios inteligentes, sugerir lecturas y ayudarme a atravesar diversos (y numerosos) momentos de frustración. Quiero hacer un reconocimiento a sus contribuciones, pero sobre todo a su amistad. Cuando quise convertir la tesis en libro, Peter Dear, Heather Fowler-Salamini, Emilio Kourí, Aldo Lauria-Santiago, Héctor Mendoza Vargas y Mary Roldán aceptaron amablemente leer varios capítulos; me ofrecieron sus puntos de vista y me salvaron de una

serie de errores, al igual que los dos dictaminadores anónimos de Duke University Press. Aunque no seguí todos sus consejos, espero que vean en la publicación un reflejo de sus esfuerzos. El prestigio de Valerie Millholland me condujo a Duke University Press y no he sufrido decepción alguna: dudo de que hubiera podido encontrar editores más solidarios, comprensivos y atentos. Mis colegas y el personal del Departamento de Historia de Cornell University han creado un ambiente extraordinario de cálida camaradería para dar clases y escribir. Me gustaría agradecer particularmente a María Cristina García, Peter Holquist, Tamara Loos, Mary Roldán y Eric Tagliacozzo por su aliento, consejo y apoyo.

Mientras escribía la tesis de la que surgió este libro, Jim Scott compartió generosamente conmigo no sólo sus conocimientos y su tiempo, sino también su espacio. Cuando nació mi hijo, escribir en casa se hizo cada vez más difícil. Jim me concedió el derecho de acampar en su nueva oficina. Es un testimonio del generoso espíritu de Jim que este hecho no sorprende a nadie que lo conozca. Sin la privacidad y la tranquilidad de esa oficina (y la poderosa máquina de espresso del corredor), este libro se habría tardado mucho más en salir. Es poco lo que puede decirse de Gil Joseph que la mayoría de los que estamos en este campo no sepamos. Es invaluable. Ha sido un profesor apasionado, un consejero incansable y desprendido, un mentor ejemplar y un buen amigo. Al reunirme con un grupo de estudiantes de posgrado en una universidad donde me entrevistaron para un empleo, uno de ellos me preguntó qué ejemplos tomaría de mi asesor y en qué diferiría. No tuve respuesta para la segunda parte de la pregunta.

Finalmente, quiero expresar mi gratitud a mi familia. James Brock, aparte de su interés por ganarse mi dinero en el Mah-jongg, lo tuvo también por este proyecto y respondió a muchas de mis preguntas sobre el arte y la práctica de la agrimensura (aunque tengo la impresión de que quizá no esté de acuerdo con buena parte de lo que he escrito). A lo largo de la investigación y la redacción de este libro, mi hermana Linda entró y salió de mi vida, pero siempre fue una presencia inspiradora y estuvo ahí cuando la necesité. Tener hijos ha sido una parte primordial de mi vida en los últimos años. Aún estaría en la sala de labor con este libro si no hubiera sido por la ayuda y el cariño de alguna gente admirable: Mary Brock, quien ha cuidado a los niños, cocinado,

traído el vino a casa y ha hecho casi todo lo que uno pueda imaginar para hacer la vida cotidiana menos frenética, y mis padres –Raymond y Julia Craib–, quienes han sido una fuente infinita de aliento, risa, amor y apoyo emocional. Gracias.

Pese a la contribución y la participación de tanta gente, investigar y escribir un libro es un proceso solitario y extenuante. Cynthia Brock y nuestros hijos, Connor y Alana, me traían de regreso al mundo todos los días y me hacían ver todo en perspectiva. Connor y Alana han vivido con el libro desde el día en que nacieron. No lo retrasaron ni un poquito; al contrario, mientras más pronto terminara, más rápido podía regresar a jugar a los atrapados y a las escondidas, a mecernos en la hamaca, a salpicarnos en los charcos y a ver crecer a dos niños maravillosos. Cynthia Brock ha enfrentado constantes mudanzas, separaciones debidas al trabajo de campo, mis exiguas contribuciones a las cuentas de banco y mis neurosis. Nunca se ha quejado y es mucho lo que ha hecho posible: este libro es para ella.

Para esta edición en español, les agradezco mucho a la doctora Alicia Mayer, directora del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, al Instituto de Geografía, al Centro de Investigaciones sobre América del Norte, a Ena Lastra, a Rosalba Alcaraz y a todo el equipo editorial. Especialmente quiero expresar mi gratitud a Rossana Reyes Vega, por la traducción, y a Héctor Mendoza Vargas, por su apoyo y su amistad a través de los años.

